

**Rabindranath
Tagore**

**Pájaros y
luciérnagas**

Pensamientos y aforismos

Edición y traducción de
Ricard Vela

ariel Quintaesencia

PENSAMIENTOS

Nuestra emancipación se produce a través del sendero del sufrimiento. Y, para ello, debemos dejar libre acceso a la puerta del gozo y abrirla con la llave del dolor. Nuestro corazón se asemeja al agua de una fuente que mientras circula por el estrecho caño del *yo* está llena de temores, recelos y pesadumbres, porque corre en la oscuridad y no conoce su término, pero que en cuanto brota en el espacio abierto, en el seno del Todo, resplandece en la luz y canta en el gozo de la libertad.

La nebulosidad no es extraña a la naturaleza, sino que representa una de sus fases. En literatura, por ejemplo, excluir la poesía que no alcanzara la claridad plena no sería orientarse hacia la verdad, ya que cuando una fase cualquiera de la vida humana ha encontrado su expresión justa, debe ser consignada igualmente. En principio, sólo debe rechazarse lo que está mal expresado. En cambio, en algunos momentos nuestros sentimientos son patéticos por ser inexpresables y experimentamos la angustia de lo vago. Y la poesía que quiere explicarlo tiene su razón de ser; aunque puede que sea mediocre, eso no es así necesariamente. En literatura, el pecado no consiste en el estado de ánimo que se expresa, sino en la expresión defectuosa de ese estado.

Todo lo que nuestros apetitos rechazan hacia el interior de nosotros mismos emponzoña nuestra vida e impide que se expanda hacia el exterior; así, el egoísmo, que limita la natural expansión de nuestro ser y lo aparta de su fin verdadero, está acompañado siempre por errores que corrompen y por extravagancias. Por el contrario, cuando nuestros deseos pueden expandirse en un buen trabajo, sacuden su morbosidad y retornan a su naturaleza verdadera, que es su fin real y la alegría de su existencia.

El débil es un peligro tan grande para el fuerte como lo son las arenas movedizas para el elefante. No favorece el progreso, porque no resiste, y sólo sirve para hundir. El pueblo que adquiere el hábito de reinar como amo absoluto de los demás tiene tendencia a olvidar que, al hacerlo, engendra una fuerza invisible que un día reducirá su poder a migajas. Los oprimidos, con su fuerza silenciosa, encuentran un temible sostén en la ley universal del equilibrio moral. El mismo aire, que es tan ligero y tan inconsistente, engendra el huracán, al que no se le resiste nada.

La manera de considerar el mundo, tal como lo comprende la India, se resume en la palabra sánscrita *Satchitananda*, que significa «Realidad», la cual, esencialmente, es una en tres partes: *sat*, es decir, constatación sencilla de la existencia de las cosas, el hecho que nos conecta con todo por la relación de nuestra existencia común; *chit*, o sea, el hecho de conocer que nos conecta con todo por la relación del saber, y *ananda*, es decir, el hecho de nuestra alegría, que nos conecta con todo por la relación del amor.

La peor forma de la esclavitud es el pesimismo que mantiene a los hombres desesperadamente encadenados a su falta de fe en sí mismos. En este sentido, nos han dicho muchas veces, y no sin razón, que Asia vive en el pasado, que se parece a un rico mausoleo que emplea todo su esplendor en el intento de inmortalizar a los muertos. Se ha dicho de Asia que no podrá avanzar jamás en el camino del progreso mientras mire inalterablemente hacia atrás. Y hemos aceptado esta acusación y hemos llegado a creerla.

La vida espiritual es la emancipación de la conciencia y mediante ella encontramos inmediatamente los indicios y las reacciones del alma en todas partes. Antes de alcanzar esta vida, vemos a los hombres por medio del interés propio, del prejuicio o de la jerarquización, a causa de la lejanía permanente que nos rodea y que no podemos sobrepasar. Pero cuando desaparece ese velo, no sólo reconocemos la fugacidad de las formas del mundo, sino que nos acercamos a su esencia eterna, que no es otra que la belleza inefable.

Algunos persiguen pruebas de la verdad espiritual en el mundo exterior. Y en esta persecución uno puede toparse con espíritus o con algún fenómeno sobrenatural de la Naturaleza, pero eso no le conducirá a la verdad espiritual, así como las palabras nuevas que hallamos en un diccionario no nos llevan a la literatura.

Cuando confié en el gran mundo que me había pasado desapercibido tras las rejas del hábito de mi oficio, se desarrolló en mí la creencia de que yo era indispensable. Y de los muchos métodos que la Naturaleza emplea para conseguir que un hombre trabaje, este orgullo es uno de los más eficientes. Aquellos que trabajan por dinero lo hacen sólo en la medida de sus salarios y hasta un determinado punto, a partir del cual trabajar ya les parece una pérdida. Pero aquellos cuyo orgullo les impulsa a trabajar, no conocen el descanso. Y ni siquiera el trabajo excesivo les parece una pérdida personal.

Bajo el convencimiento de que era indispensable, yo solía estar tan atareado que apenas si me permitía dormir. Mi médico me advertía una y otra vez, y me decía: «Para, ve más despacio». Pero yo le respondía: «Pero si yo paro, ¿cómo se moverán las cosas?». Y al poco tiempo me acabó fallando la salud. Las ruedas de mi carro se rompieron y se quedó detenido bajo esta ventana. Desde aquí me dediqué a contemplar el espacio sin límites. Y pude ver

cómo giraban las incontables ruedas del carro triunfal del tiempo, sin levantar polvo, sin estrépitos, sin apenas dejar una sola marca en el camino. De repente volví en mí mismo. Y comprendí con claridad que las cosas podrían continuar sin mí. Nada hacía pensar que esas ruedas pudieran detenerse, o refrenarse en lo más mínimo, porque faltara alguien en particular.

Pero ¿aceptar todo esto puede ser realmente así de fácil? Ya que incluso si lo admito con palabras, mi mente sigue rechazándolo. Si de verdad diera igual si me marchó o me quedo, ¿cómo encontraría entonces el orgullo de mí mismo su lugar en el universo, aunque fuera por un momento? ¿En qué podría sostenerse? En medio de la gran abundancia con que rebosan el espacio y el tiempo, sin embargo, no era en absoluto posible eliminar mi propio ego. Porque el hecho de que soy indispensable queda probado por el mismo hecho de que yo *existo*.

Los ideales no son como el dinero. Son una realidad viva y su conjunto es indivisible. Cuando una mendiga pide dieciséis *annas*, y se le niegan, puede llegar a contentarse con una moneda que valga la mitad, pero no consentirá nunca en aceptar una mitad de su hijo.

El egoísmo es el precio que se paga por el hecho de existir. Y tan pronto como me doy cuenta de este precio en mi interior, rápidamente asumo de forma resuelta todos los dolores y todas las penalidades de mantener mi existencia. Y eso es lo que sostienen los budistas, que para destruir el egoísmo hay que cortar las raíces de la existencia; porque, sin el orgullo del ego, existir deja de tener sentido y valor alguno.

Sea como sea, este precio lo ha abonado algún fondo de reserva; en otras palabras, en alguna parte existe cierto interés en que yo exista, y el precio pagado es la medida de hasta dónde llega ese interés. El universo entero —cada una de sus moléculas y de sus átomos— está prestando su ayuda a este deseo de que yo exista. Y la gloria de este deseo se manifiesta en mi orgullo de mí mismo. En virtud de esta gloria, este «yo» infinitesimal no es inferior, en medida o en valor, a ninguna otra cosa de este universo.

El hombre se ha aproximado al deseo que existe en él de dos maneras distintas. Algunos han sostenido que se trata de un impulso del Poder Creador, mientras que otros lo han entendido como una gozosa expresión del Amor Creador. Y así, el hombre puede plantearse de manera distinta el sentido de su vida, y sus objetivos, dependiendo de si concibe su mismo ser como la revelación del Poder o como la revelación del Amor.

El valor que, como entidad, recibimos del Poder es bastante distinto del que podemos recibir del Amor. Porque la dirección en que nuestro orgullo nos puede impulsar, en el dominio del Poder, es completamente opuesta a la que ese mismo orgullo nos imprimiría en el dominio del Amor.